

RICCARDO FRANCOVICH, "YA NADA SERÁ IGUAL"

*A Nicoletta y Lisa Francovich, con Elena y Vincenzo,
en recuerdo de Riccardo*

El anochecer del viernes 30 de marzo nos golpeó con una noticia imposible, anunciada por los caracteres concisos y contundentes de un SMS enviado por Lauro Olmo: "Hoy ha muerto Riccardo Francovich, ya nada será igual". Recuerdo que mi primer sentimiento al leerlo, aun antes de la tristeza, fue de profunda incredulidad ante una muerte inopinada en plena madurez intelectual. Sólo a medida que las voces quebradas de los amigos confirmaban su inconcebible desaparición desde el otro lado del teléfono, esa inicial perplejidad fue dejando paso a la certeza tangible y creciente de la magnitud de su pérdida. La prematura desaparición de Riccardo nos ha dejado sumidos en un desconcierto intelectual y afectivo que será difícil superar y que confirma, cada día que pasa, la premonición de aquel fatídico mensaje: en efecto, sin él ya nada será igual; no lo será la arqueología medieval que él mismo contribuyó a construir como disciplina plenamente histórica, ni tampoco el compromiso intelectual y social con el patrimonio que nos impuso con su praxis.

Estas últimas semanas marcadas ya irremediablemente por su ausencia, todos cuantos le conocieron y admiraron han destacado de palabra o pluma su carismática y volcánica personalidad y la inmensidad de su legado científico y humano; en especial la agudeza intelectual que le permitió intuir los problemas históricos más cruciales y las estrategias de investigación más innovadoras, junto a la capacidad organizativa que le permitió generar en la Universidad de Siena uno de los mejores centros de investigación sobre el Medievo, a más de coordinar proyectos de gran enver-

gadura y repercusión social. Los recuerdos, necrológicas y obituarios se sucederán en los meses próximos, desde la despedida civil que le dispensó en singular honor su Florencia natal en el Palazzo Vecchio, hasta el merecido homenaje que prepara la Universidad de Siena para el próximo otoño, pasando por las innumerables voces de colegas, amigos y discípulos italianos, ingleses, franceses y españoles que glosarán su enorme figura intelectual en revistas especializadas y foros científicos.

Por ello, quiero aprovechar este espacio que me brinda la revista *Arqueología y Territorio medieval*, para construir un homenaje particular y sentido a la humanidad de su magisterio. Quiero reconocer desde aquí mi deuda personal con el profesor que aceptó, sin conocerme, la responsabilidad de orientar mi investigación como becaria del plan de Formación del Personal Investigador durante mi primera estancia en Italia en la primavera de 1989, en el marco de las entonces recién y pomposamente estrenadas "ayudas para estancias en el extranjero", y que con ese acto de generosidad científica me orientó en una carrera académica e investigadora que le debe mucho más de lo que podría imaginar. No he olvidado nuestra primera entrevista, con maleta incluida, en el Departamento de *Archeologia e Storia delle Arti* de la Universidad de Siena, abarrotado de libros y jóvenes investigadores con los que compartía tiempo y espacio, en la que con una calidez y una proximidad inusitadas en un ya famoso catedrático, se interesó con atención sincera por mis incipientes y balbuceantes investigaciones primerizas, al tiempo que reorganizaba la logística de mi alojamiento redistribuyéndome en una especie de "auxilio social", por las casas de sus discípulos que con el tiempo devendrían en amigos.

Recuerdo sobre todo cómo trazó para mí un protocolo de investigación inesperado y generoso, proponiéndome establecer mi "cuartel general" en Roma, donde estaban las buenas bibliotecas (que entonces todavía eran de papel), y ofreciéndome su casa y su biblioteca de Antella para orientar mis lecturas y completar mi formación. Después de una divertida confusión de "falsos amigos lingüísticos", que hace apenas unos meses recordábamos entre chanzas y que hizo patente la imperiosa necesidad de mejorar mi pedestre "itañolo", Riccardo Francovich –a golpe de agenda y teléfono– me organizó un extenso programa de entrevistas con un nutrido elenco de investigadores, que él creía fundamentales para el conocimiento de la arqueología altomedieval italiana y entre los que se encontraban, nada menos y entre otros, Sauro Gelichi, Gian Pietro Brogiolo, Lisa Fentres, Lidia Paroli, Ghislaine Noyé, Alessandra Molinari, Chris Wickham o Richard Hodges a quien agradezco la fotografía que ilustra este texto. Sólo más tarde fui consciente de la magnífica oportunidad que me brindó y que completó abriéndome las puertas de su casa y de su familia, que me "adoptó" con hospitalidad toscana, poniendo las bases de una amistad personal y familiar que perdura y nos es muy querida. El magisterio de Riccardo continuó proyectando su benéfica sombra a lo largo de los años posteriores con visitas mutuas, entre ellas para formar parte de mi tribunal de tesis doctoral, o en invitaciones a participar en congresos fundamentales en mi formación como el de *La Storia dell'Alto Medioevo italiano (VI-X secolo) alla luce dell'Archeologia* (Siena, diciembre 1992).

El pasado septiembre Riccardo visitó Alicante por última vez: vino a juzgar una tesis doctoral catorce años después de juzgar la mía propia. Una pirueta del destino quiso que esa tesis tratase de las fases medievales de una importante ciudad del Lazio, Tuscolo, y estuviese escrita en lengua italiana por una joven compatriota suya, Valeria Beolchini. Riccardo alabó entonces nuestro magisterio, sin ser demasiado consciente de que el referente de mi relación docente con los estudiantes que han ido llegando hasta mí, no era otro que su propia actitud conmigo en el pasado.

Pero el magisterio de Riccardo Francovich no sólo me alcanzó a mí, sino también a muchos arqueólogos y medievalistas españoles a través de los cuales influyó notablemente en la investigación arqueológica medieval de nuestro país. Esa relación intelectual privilegiada con España tuvo mucho que ver con su vehemente compromiso político de izquierdas, que por tradición familiar y democrática había convertido nuestra IIª República y su derrota en la Guerra Civil, en un mito de progreso truncado por el franquismo, en cuyo imaginario curiosamente Alicante, mi ciudad natal, tenía un puesto singular, como él se encargó de recordarme apenas presentados: fue en Alicante donde fusilaron al falangista José Antonio Primo de Rivera en plena contienda y fue en su puerto, último bastión de la sitiada República, donde quedaron abandonadas a su suerte miles de personas –"lo mejor de España" en palabras del escritor Max Aub– mientras la División italiana Littorio ocupaba la ciudad; en la actualidad Ricardo seguía con pasión nuestro debate sobre la memoria histórica. El día de su despedida civil en Florencia, Alicante acogió un acto cívico en recuerdo de los hombres y mujeres republicanos que, capturados en el puerto, fueron conducidos a un campo de prisioneros improvisado en unos bancales de almendros cercanos. Desde aquel "Campo de los almendros" que Max Aub describió, ahora convertido en un pelado solar urbano sitiado de urbanizaciones, el recuerdo de Héctor y el mío propio volaron hacia Florencia, en la certeza de que a él le hubiese gustado ser recordado en medio de aquel mar de banderas republicanas.

Él creía firmemente en nuestra condición de intelectuales, que nos obliga a opinar, tomar partido y actuar en la defensa del patrimonio cultural. Él lo hizo hasta el mismo día en que la inesperada muerte le sorprendió al pie del Monte Ceceri, en Fiesole. Riccardo, como persona y como intelectual, es insustituible en nuestro cariño y en nuestro recuerdo, pero si conseguimos reflejarnos en el espejo de su compromiso, si somos capaces de ser verdaderos intelectuales, la obra de Riccardo Francovich continuará viva y presente, aunque ya nada sea igual en nuestros corazones.

Sonia Gutiérrez Lloret